

haz estudio de no conversar con tus amigos sino sobre el valor y mérito de las adversidades de esta vida : esta práctica es excelente para apagar las vivacidades del amor propio. Aunque no la hagas con mucho gusto, siempre la harás con gran provecho.

2. Las grandes cruces tienen siempre grandes apoyos : las pequeñas pesan menos, pero son más agudas, y suelen picar mucho más. Dedícate a embotar sus puntas, usando bien de ellas bajo las reglas siguientes. Primera : En sucediéndote alguna desazoncilla, dite a ti mismo con san Francisco de Sales : *La mortificación es buena en todo tiempo, es remedio excelente, no hay cosa más necesaria.* Segunda : Estas cruces pequeñas tan frecuentes son ciertas incomodidades ligeras, ciertas desazones interiores, ciertos trabajos casi imperceptibles ; son los frecuentes descuidos de los criados y de los hijos ; las desatenciones ó el mal humor de los sujetos con quienes tratamos ; el genio extravagante, la mala fe, la emulación y todos los sinsabores que acompañan al comercio de la vida. Todas estas cosas las has de mirar de aquí en adelante con ojos cristianos. Este continuo ejercicio de mortificación bien practicado es un gran caudal, con que se puede satisfacer a la Justicia divina, y con que se pueden ir pagando muchas deudas.

~~~~~

### DIA ONCE.

SAN LEON, PAPA, LLAMADO EL MAGNO.

San Leon, más grande aun por su eminente santidad y por todas sus heroicas virtudes, que por las grandes cosas que hizo en beneficio de la Iglesia, las



S. LEON MAGNO, PAPA.



cuales le merecieron con justicia el epíteto de Magno, nació al mundo hácia el fin del siglo cuarto, siendo emperador el gran Teodosio. Fué Romano de nacimiento, hijo de Quinciano, originario de Toscana; y así por su mucha delicadeza, como por su cortesana educacion y urbanísimo carácter, se cree que su familia fuese de alguna distincion. Crióse en el seminario del clero romano, donde era costumbre en aquel tiempo criarse la juventud que se destinaba al estado eclesiástico, formándola en la virtud, no menos que en las ciencias. Desde luego se distinguió Leon por la solidez y por la viveza de su ingenio, y por la pureza de sus costumbres; de manera que en poco tiempo fué ejemplo y aun admiracion de todo el clero. Conócese bien por las obras de su mano, que han llegado hasta nosotros, lo mucho que adelantó en las bellas letras; pero sobre todo en el estudio de los cánones y costumbres de la Iglesia. Como le destinaba Dios, dice un concilio general, para triunfar del error y para sujetar á la fe á tantos enemigos suyos, le previno con tiempo, adornándole con las armas de la ciencia y de la verdad.

Siendo todavía acólito, fué escogido para llevar á los obispos de Africa las letras apostólicas del papa Zósimo, en que condenaba á los heresiarcas Pelagio y Celestino; y con esta ocasion trató á san Agustin, y contrajo estrecha amistad con él. De vuelta de este viaje fué hecho diácono de la iglesia romana; y el papa san Celestino, conociendo la sublime elevacion de su ingenio, su elocuencia, su virtud y su gran capacidad, le hizo su secretario. Este empleo dilató bien pronto su fama hasta las provincias mas remotas de la Iglesia. A él, como á primer ministro de la santa sede, acudió san Cirilo, patriarca de Alejandria, para informar al papa de los ambiciosos pasos de Juvenal, patriarca de Jerusalem; pudiéndose decir



que sobre los ombros del diácono Leon descansaba todo el peso de los negocios mas importantes de la Iglesia universal.

Con ocasion de la herejia del impiísimo Nestorio, la tuvo nuestro santo de mostrar su ardiente zelo por la persona adorable de Jesucristo, y por la honra de su santísima Madre. Obra suya fué la principal parte de lo mucho que trabajó el papa Celestino en este gran negocio; cuyas fueron las cartas que escribió el papa á san Cirilo y á los padres del concilio general efesino; y él fué el que movió á Casiano, su amigo particular, á escribir de la encarnacion del Verbo contra la impiedad de Nestorio.

Habiendo sucedido á san Celestino el papa Sixto III, en el año de 432, se halló san Leon en estado de prestar mas importantes servicios á la Iglesia, por la entera confianza que debió al nuevo pontifice, cuya inocencia vindicó valerosa y ardentemente en presencia del emperador Valentiniano III, al mismo tiempo que con su vigilancia, sagacidad y penetracion descubria los malignos artificios de Julian, obispo de Eclana, principal apoyo y protector de los pelagianos. Sucedió por este tiempo aquella fatal division entre Accio y Albino, generales del ejército romano en las Galias, que amenazaba lastimosa ruina al imperio y á la Iglesia con la inundacion de los bárbaros, si san Leon, enviado por el papa Sixto, no la hubiera impedido. Ganóse de tal manera con su prudencia el corazon de aquellos dos generales, que, terminadas amigablemente sus diferencias, los puso acordes en los intereses de la religion y del estado, y les persuadió á que empleasen todas sus fuerzas contra los cnemigos de la Iglesia y del imperio.

Mientras se empleaba Leon en esta importante legacia, murió en Roma el papa Sixto, dejando expuesta la Iglesia á terribles embarazos, por el furor de los

herejes que se multiplicaban cada dia, por la crueldad de los bárbaros que iban penetrando en todas las provincias del imperio, y por la relajacion de sus mismos hijos, cuyas costumbres eran poco correspondientes á la religion que profesaban. No se hallaba otro que fuese capaz de remediar tantos males sino nuestro Leon; y asi, aunque estaba ausente, fué elegido por papa con unánime consentimiento y con aplauso universal, el dia 28 de julio del año 440. En vano se resistió, gimió, suplicó, dilató su vuelta á Roma: vióse, en fin, precisado á obedecer. Ningun emperador entró jamás en la capital del mundo con tantas aclamaciones. Fué consagrado el domingo 8 de setiembre, seis semanas despues de su eleccion; y en el sermon que predicó este mismo dia al pueblo romano, acreditó que hasta entonces no habia concedido el Señor á la silla apostólica un sucesor mas digno de san Pedro.

Instruido perfectamente del estado de la Iglesia, empleó toda su aplicacion en el remedio de sus necesidades. Parecióle que debia dar principio por la reformacion del clero romano, cuyo ejemplo debia servir de modelo á todo el clero de la cristiandad. No contento con excitarle á la virtud con sus ejemplos, le exhortaba continuamente con sus palabras, pasando pocos dias sin que predicase al pueblo; y correspondiendo el fruto á su apostólico zelo, en breve tiempo se vió mudado el semblante de la ciudad de Roma. Pero considerándose padre comun de todos los fieles, hacia en las demás partes el mismo fruto con sus cartas, que en Roma con sus sermones; y no habia ángulo en toda la cristiandad adonde no llegasen los efectos de su solicitud pastoral.

Desde los primeros años de su glorioso pontificado resucitó en todas partes la disciplina eclesiástica; dió reglas á los fieles muy propias para todo género



de estados y condiciones, é hizo florecer la piedad cristiana con muy brillante esplendor en todo el mundo.

Nunca tuvo la Iglesia tantos enemigos juntos que combatir, y nunca logró tan gloriosas victorias de todos ellos por la vigilancia, por la magnanimidad y por el zelo prudente, activo é ilustrado del santísimo pontífice. Los maniqueos huyendo de la dominacion de los Vándalos en Africa, habian venido á Italia á inficionarla con sus errores y con sus disoluciones; al tercer año de su pontificado exterminó Leon esta infame secta, desterrándola, no solamente de Italia, sino de todo el mundo cristiano.

Penetrando bien todo el pestilencial veneno del pelagianismo, se aplicó con el mayor ardor á libertar la Iglesia de Dios de esta ponzoña; y mandó venir á Roma á san Próspero de Aquitania, para que estando cerca desu persona, le ayudase mejor á combatir contra estos herejes, á quienes los prósperos sucesos habian hecho insolentes, y el número los hacia formidables. Escribió epístolas, compuso libros, celebró concilios, les hizo una mortal guerra; y en fin tuvo el consuelo de ver triunfar la verdad católica de aquel pernicioso error. Fué condenado y privado de su silla episcopal, como hereje, el obstinado Juliano, cabeza de aquel partido, y murió desgraciadamente en un país extranjero. Los presbiteros de Marsella, ó los semipelagianos, encontraron siempre en el pontífice Leon un invencible defensor de la doctrina de la Iglesia; y aunque era tan amigo de Casiano, como lo era mucho mas de la verdad, hizo que san Próspero escribiese contra una de sus conferencias, que era la décimatercia; él mismo escribió á los presbiteros de la Provenza, y no perdonó á diligencia alguna para abolir en el mundo hasta el nombre de los pelagianos.

Renovándose en España la herejía de los priscilia-

nistas, apenas llegó el aviso al gran Leon, cuando refutó con la mayor fuerza sus principales errores, en las cartas que dirigió á los prelados españoles sobre este asunto. Ordenó á los metropolitanos que convocasen concilios provinciales para exterminar este monstruo; y logró verlo aniquilado casi al mismo tiempo que aparecido.

Como el Señor le habia escogido para que hiciese triunfar la fe en todo el universo, permitió que en su tiempo se levantasen contra la Iglesia los mayores y mas peligrosos enemigos. Eutiques, abad de un monasterio de Constantinopla, aprovechándose del público horror con que se miraba la impiedad blasfema de Nestorio, se precipitó en el extremo contrario, confundiendo en Cristo las dos naturalezas. Procuró sofocar este monstruo en la misma cuna san Flaviano, patriarca de Constantinopla, condenando en un concilio esta detestable herejía juntamente con su autor. Pero Eutiques no se sujetó á su sentencia; antes bien, astuto y solapado como todos los heresiarcas, se anticipó á escribir á san Leon, diciéndole: que el nestorianismo levantaba la cabeza, y que él habia querido combatir el error, pero que habia sido condenado por un conciliábulo de nestorianos, de cuya sentencia apelaba á la de la santa sede. Era, sin duda, cauteloso el artificio; pero el pontífice era muy sagaz y prudente para dejarse fácilmente preocupar. Despachó luego sus legados, y escribió á Flaviano aquella admirable epístola sobre la encarnacion del Verbo, que despues sirvió de regla á los padres del concilio de Calcedonia para explicar este divino misterio; y no perdonó á medio alguno para conseguir que triunfase la verdad.

Informado de las perniciosas opiniones de Eutiques, de la pureza de la fe de san Flaviano, y de todo cuanto habia pasado en el conciliábulo que se llama



*el latrocinio de Éfeso*, no se pueden explicar los desvelos, los cuidados, los medios que aplicó el solícito pontífice para extinguir este incendio. Convocó un concilio en Roma; escribió á los emperadores Teodosio y Valentiniano, á las emperatrices Placidia y Eudoxia, para interesarlos en la causa de la religion; y muerto ya el emperador Teodosio, se aprovechó de la piedad de la emperatriz Pulcheria y del emperador Marciano, para que se juntase el célebre concilio general calcedonense, en que el mismo santo papa presidió por medio de sus legados. La verdad triunfó allí del error, Eutiques fué condenado, y el concilio se concluyó con solemnes gracias y públicas aclamaciones *al muy grande santísimo pontífice Leon*.

Mientras la fe triunfaba en el Oriente por el infatigable zelo del vigilantísimo pontífice, gemia en el Occidente la Iglesia por la irrupcion impetuosa de los bárbaros. Atila, rey de los Hunos, habia penetrado por la Panonia en las provincias del imperio con un ejército formidable, arrasando las campiñas, quemando las iglesias, y entrando á sangre y fuego en todas las poblaciones. Aquileya, Pavia, Milan habian experimentado ya la barbarie de este conquistador, que se hacia llamar *el azote de Dios*; y toda la Italia era presa infeliz de este tirano, que no encontrando quien hiciese resistencia al arrebatado torbellino de sus armas, pasado el Po, iba á conquistar todo el imperio romano, apoderándose de su casi desarmada capital. En tan lastimosa consternacion acudió Roma á su amantísimo Pastor, y llena de confianza en el gran poder que su eminente santidad le daba con el Señor, le pidió, le rogó, le conjuró con los gritos, con los llantos, con los alaridos de todo el pueblo, que él solo saliese á servir de dique al torrente impetuoso de los bárbaros.

Movido Leon de las lágrimas y clamores de su pue-

blo, poniendo toda su confianza en aquel Señor que tiene en sus manos los corazones de los reyes, se encargó de tan dificultosa como arriesgada comision. Hallábase Atila al frente de su ejército sobre las riberas del Mincio en las cercanías de Mantua. Púsose Leon en su presencia, y le habló con tanta valentía, con tanta majestad, y al mismo tiempo con tan dulcísima elocuencia, que aquel bárbaro rey, azote de Dios y terror de todo el género humano, olvidado de su fiereza, se humilló delante del siervo de Dios; y ajustada la paz, retrocedió por donde habia venido, volviendo á pasar el Danubio. Reconoció todo el universo esta maravilla, y Leon tributó al Dios de los ejércitos toda la gloria. Aprovechándose de las buenas disposiciones en que halló á su pueblo de vuelta á Roma, hizo que se rindiesen al Señor solemnes gracias con públicas procesiones, desterró todos los espectáculos profanos, reformó las costumbres en todos los estados, renovó la piedad, resucitó la devocion del pueblo con la Reina de los santos y con las reliquias de los mártires, á cuya intercesion atribuia la libertad milagrosa de la afligida ciudad.

Apenas comenzaba á respirar el santo papa de tan tristes sobresaltos, cuando tuvo noticia de las nuevas inquietudes que causaba en la Iglesia el orgullo de Anatolio, patriarca de Constantinopla, que no habia cesado de revolverlo todo desde el concilio calcedonense, para mantener los pretendidos privilegios de su silla, y dominar sobre toda la iglesia del Oriente. Como san Leon se habia opuesto á esta usurpacion de primacia, Anatolio no perdonaba medio para indisponerle con el emperador; y previendo nuestro santo las funestas consecuencias de estos malos oficios, envió á Juliano, obispo de Cos, para que residiese cerca de la persona del emperador en calidad de apocrisario ó nuncio suyo: costumbre que observó



después la silla apostólica en las cortes de los mayores principes. Escribió el papa al emperador y á la emperatriz, los cuales hicieron fuertes y repetidas instancias en favor de Anatolio; pero el santo se mantuvo siempre inflexible, y el emperador se rindió presto á la eficacia de sus razones.

Siempre infatigable, siempre atento, y siempre vigilante á las necesidades de la Iglesia, escribió á los monjes de Palestina sobre los artículos de fe decididos en los cuatro concilios ecuménicos; dispuso una regla ó ciclo pascual, que dispuso á los Latinos de recurrir á los Griegos y á los Orientales para la celebración de la Pascua; reformó la disciplina eclesiástica en la mayor parte de las iglesias de Occidente; escribió á Doro, obispo de Benevento, á Teodoro, obispo de Frejus, y otra tercera epístola á todos los obispos de Campania y de las dos provincias; y como todas estas epístolas están llenas de instrucciones prácticas tocante á la disciplina eclesiástica y á la administración de los sacramentos, se las ha llamado *Decretales*.

Queriendo la emperatriz Eudoxia vengar la muerte del emperador Valentiniano su marido, y hacer que el tirano Máximo se arrepintiese de sus crueldades y violencias, el año de 455 llamó á Italia á Genserico, rey de los Vándalos, el cual entró en Roma sin resistencia, y por espacio de catorce dias permitió el saqueo de la ciudad á las tropas. A ruegos y lágrimas del santo pontífice Leon mandó el bárbaro rey que no se quemase la ciudad, que se perdonase á la sangre de los ciudadanos, y que fuesen privilegiadas del saqueo las iglesias principales. En medio de eso fué lamentable la desolacion. Procuró el santo pastor que su rebaño se aprovechase de ella; hizo reconocer á los Romanos que la causa de tantos males procedía de su ingratitud para con Dios, del poco aprecio que habian hecho de sus consejos, de su profanidad, del

licencioso desorden de sus costumbres y de su obstinada impenitencia.

Llevó consigo Genserico un número prodigioso de cautivos; y como se habia apoderado de las riquezas de Roma, los privó al mismo tiempo de los medios que podian tener para su rescate. Consolólos el santo pontífice con sus cartas, y procuró socorrerlos tambien con sus limosnas, fortificándolos tan firmemente en la fe, que de cautivos, al parecer desgraciados, los convirtió en dichosísimos y zelosos misioneros de la religion, á la cual redujeron tan grande número de bárbaros, que san Leon se vió precisado á enviar pastores para gobernar aquel rebaño que habia adquirido Jesucristo por su ministerio.

Su vigilancia y su zelo le hacian infatigable en los trabajos. Apenas se puede comprender cómo podia un hombre solo hacer tantas maravillas. Alimentaba continuamente al pueblo con el pan de la divina palabra; quitaba la máscara al error, y lo confundía con su doctrina; era el alma de todos los concilios; proveía á las necesidades de todas las iglesias del mundo; detenía con sola su presencia los ejércitos de los bárbaros; desarmaba con su elocuencia la ferocidad de los mas fieros conquistadores; restituía con su teson la disciplina eclesiástica á su antiguo vigor; hacia florecer con su vigilancia la piedad cristiana hasta en los mas remotos ángulos de toda la cristiandad.

El fué el primer pontífice que dejó á la Iglesia un cuerpo de obras seguido. Ciento noventa y seis sermones sobre las principales fiestas del año, y ciento cuarenta y una cartas que explican con precision, con elocuencia y con maravillosa claridad la mayor parte de los misterios de la religion, dan á conocer el carácter de este gran papa. Pero con aquella magnanimidad de ánimo, con aquella vasta comprension de espiritu, con aquella universalidad de conocimientos,



quizá no habrá habido en el mundo hombre mas humilde. Basta leer los sermones que hacia todos los años en el dia aniversario de su consagracion, para juzgar si es posible unir mayor santidad y mayor mérito con humildad mas profunda.

Despues del saqueo de los Vandalos renovó toda la plata en todas las iglesias de Roma; reparó las basilicas de san Pedro y de san Pablo; estableció capellanes en los sepulcros de los santos apóstoles; enriqueció las iglesias antiguas, y erigió otras nuevas. En fin, despues de veinte y un años de pontificado, aquel papa, verdaderamente grande, azote de los herejes, padre de los pobres, luz del mundo cristiano, admiracion de todo el universo y ornamento de la silla apostólica, consumido de los trabajos y de las penitencias, y colmado de merecimientos y de gloria, fué á recibir en el cielo, del Padre de las misericordias, el premio que estaba preparado á su eminentísima virtud. Murió en Roma el dia 11 de abril del año, á lo que se cree, de 461, á los sesenta de su edad, poco mas ó menos, dejando la Iglesia del Señor en un estado muy floreciente.

Lloráronle todas las iglesias del mundo; pero lloróle muy particularmente Roma, que no solamente le veneraba como á su pastor, sino tambien como á su libertador y como á su padre. Fué depositado y enterrado su cuerpo con solemne pompa en la basilica de San Pedro, y su culto comenzó á celebrarse desde el siglo sexto en la universal Iglesia, asi latina, como griega.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Leon, papa y confesor, á quien su raro mérito y excelentes virtudes han hecho dar el sobrenombre de Grande. En su tiempo se celebró el santo concilio de Calcedonia, en el cual condenó á

Entiques por medio de sus legados, y confirmó con su autoridad los decretos del mismo concilio. Despues de haber establecido varios reglamentos, y compuesto sabios tratados, habiendo trabajado como buen pastor por el bien de la santa Iglesia y del rebaño de Jesucristo, descansó en paz.

En Pérgamo en Asia, san Antipas, aquel testigo fiel de quien habla san Juan en el Apocalipsis: encerrado en un toro de bronce hecho ascua, consumó su martirio en tiempo del emperador Domiciano.

En Salona en Dalmacia, san Domnion obispo, martirizado con ocho soldados.

En Cortina en la isla de Candia, san Felipe obispo, muy célebre por su santidad y doctrina, que gobernó tan bien su iglesia en tiempo de los emperadores Marco Antonino Vero y Cómodo, que la preservó del furor de los gentiles y de las asechanzas de los herejes.

En Nicomedia, san Eustorgio, presbítero.

En Espoleto, san Isaac, monje y confesor, de cuyas virtudes hace mencion el papa san Gregorio.

En Gaza en Palestina, san Barsanufio anacoreta, en tiempo del emperador Justiniano.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.*

|                                                                                                                                                                                                                                                                        |                                                                                                                                                                                                                                                                                      |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <p>Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Leonis confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolvet peccatis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...</p> | <p>Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Leon, tu confesor y pontífice, y que nos perdone nuestros pecados por los merecimientos de aquel que mereció servirte dignamente. Por nuestro Señor Jesucristo...</p> |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|



*La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria.*

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiae factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriae. Statuit illi testamentum aeternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum in odorem suavitatis.

NOTA.

« Hacia el año de la creacion del mundo 3730, mas de 300 años antes del nacimiento de Cristo, Tolomeo Lago, rey de Egipto, arrasó toda la Judea, y llevó cautivos mas de cien mil judíos, entre los cuales fué uno Jesus, hijo de Sirac, hombre de extraordinaria capacidad, y de no menos ejemplar virtud. Ocupábase únicamente en el estudio y en la leccion de los libros sagrados; y así echó mano de él el Señor para componer el libro que llamamos el Eclesiástico, ó el libro que predica é instruye. »

REFLEXIONES.

*Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus.* Este es aquel gran sacerdote, que agradó á Dios mientras vivió, y fué hallado justo. Solo se agrada á Dios sirviéndole, y caminando delante de sus divinos ojos por las derechas sendas de la santidad y de la justicia. En este agradar á Dios consiste la verdadera grandeza, el mérito mas real, la mas sólida felicidad: *Hoc est enim omnis homo*, como se explica el Espíritu Santo, esto es ser hombre. Agradar á los grandes del mundo, no deja de ser honra; pero no pocas veces mas es fortuna que mérito. El genio, la simpatía, y tal vez la lisonja, pueden contribuir á inspirar inclinacion; no siempre es la virtud el primer móvil de la benevolencia. Cuando el agrado entra por el humor, el favor depende del capricho. Por eso suele ser ya como destino de los favoritos, que no conserven el favor hasta el fin. Pero como para agradar á Dios no hay otro camino que el de la virtud y el de la religion, la amistad de Dios es prueba infalible y medida segura del verdadero mérito. Agradar á Dios, es poseer todo lo que hace á un hombre verdaderamente respetable; agradar á Dios, es estar en su gracia, es lograr uno cuanto ha menester para no necesitar del favor de los hombres. La amistad de Dios vale por todo. ¿Qué pueden contra un hombre amado y protegido de Dios todas las desgracias, todos los contratiempos, todos los reveses de la vida? ¿Qué puede contra él toda la malignidad de los hombres? Todo esto sirve para aumentar su fervor, y para que crezca su mérito en la estimacion de Dios. ¿Qué objeto mas digno de nuestra ambicion, ni qué ambicion mas fácil de contentarse y de satisfacerse! En vano se suda, se afana, se trabaja, se gasta la salud, se sacrifican los bienes, y tal vez hasta la



misma vida en servicio de los grandes; no suele bastar esto para merecer sus agrados. Téngase la voluntad mas sincera, la mas fina, la mas ardiente de servirlos; no siempre basta para que nos dispensen u gracia. Pero respecto de Dios, en el mismo punto que tengo verdadero deseo de servirle, le sirvo; la misma voluntad de agradarle, es complacerle. Pero siendo tan estimable, siendo tan ventajoso, siendo tan fácil aspirar á conseguir este favor del Altísimo, ¿hacen grandes esfuerzos los hombres para alcanzarlo? ¿se les da mucho el perderlo? ¿Con qué facilidad se sacrifica la amistad de Dios al deleite, al interés, á la pasion! Viéndose la facilidad con que se peca, y la grandísima serenidad con que se vive despues de haber pecado; ¿quién no dirá que en perder la amistad de Dios nada se va á perder? Pero ¿quién se esmera mucho en agradarle? Hágase induccion por todos los estados del mundo: ¿se ocupan mucho en los deseos, en las ansias, en las solicitudes de agradar á Dios aun los que viven en los estados mas santos? En separando á un lado aquel corto número de almas fervorosas y sedientas de la justicia, aquellas personas de una virtud eminente que son tan raras; ¿cuán prodigiosa multitud resta de cristianos tibios, flojos é indiferentes para con Dios! ¿qué multitud de libertinos, de hombres sin religion en medio del seno de la Iglesia! Esos ricos comerciantes, esos hombres de corte, esas gentes de negocios, esas mujeres del mundo, esas personas tan poco cristianas, á quienes la ambicion, el interés, el amor á los deleites, y todas las demás pasiones van dominando como pro turno y sucesivamente, menos cuando todas juntas las dominan, ¿se ocupan mucho en el deseo, en el ansia de agradar á Dios, dándoseles tan poco ó nada el desagradarle?

*El evangelio es del cap. 16 de san Mateo.*

In illo tempore: Venit Jesus in partes Cæsareæ Philippi: et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii verò Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Barjona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalent adversus eam. Et tibi dabo claves regni cœlorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis.

En aquel tiempo vino Jesus á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discipulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos que es Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Dijo-les Jesus: Y vosotros ¿quién decis que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

DE LA SUMISION A LA IGLESIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que así como fuera de la Iglesia no hay salvacion, así tampoco hay verdadera fe sin la su-